

Sociología

TRAS LA INVASION DE LOS BARBAROS

Hace 1.600 años. Agustín de Tagaste, el gran Obispo de Hipona, agonizaba. Las lanzas de los escuadrones bárbaros golpeaban furiosamente impacientes las puertas de hierro de la ciudad africana.

El perspicaz Agustín, vuelo de águila sobre el cielo turbulento de Africa, observaba desde la inquieta paz de su ciudad amurallada el derrumbarse de las fronteras del Imperio ante el empuje de aquellos pueblos jóvenes. Para Agustín, como para la inmensa mayoría de sus contemporáneos, el derrumbarse del Imperio tenía caracteres de escatología. Y en sus cartas se refleja aquella su angustia que vivifica con todo una grandiosa esperanza.

Sin embargo, el español Orosio supo atravesar el momento histórico, y vislumbró la nueva Epifanía cristiana. Supo distinguir el sentido del ronco fluir de aquella inmensa multitud nueva, vigorosa y virgen, que inauguraría una nueva catolicidad de riberas más dilatadas. Curvado en arco atento sobre el hoy de angustia aspira el nuevo aroma, y en sus oídos rompe misterioso y múltiple el Te Deum jubiloso de muchos pueblos, ¿Por qué Catolicidad iba a identificarse con un romanismo decadente?... El Imperio había sido gigantesca calzada para el Evangelio del Señor. Ahora se iban a abrir caminos nuevos. Un mundo nuevo sembrado de caminos. Cristo no era romano. Tendría que retorcer su corazón de hispano-romano refinado, pero no podía desoír el rumor de los pueblos nuevos.

Los cristianos romanos estaban ya gastados. Los bárbaros eran hombres nuevos. La moralidad romana era muy baja. La de los bárbaros más elevada. El pueblo romano estaba afeminado. Ellos eran pueblos robustos, hirvientes de vida.

Qué magníficos cristianos sacaría Dios de aquellos pueblos sanos y robustos! ¿No tenía el fermento cristiano vigor para cristianizar aquellos pueblos sedientos de sinceridad?...

El presbítero Salviano traduce los mismos sentimientos en lenguaje incisivo. Desde Marsella, balcón abierto a todas las brisas, va haciendo con cierto ojo clínico el diagnóstico del "gran enfermo", el Imperio romano. Sus frases en relieve son tajantes y recias. "Entre los bárbaros puros nosotros somos impúdicos... Digo más. Los bárbaros se ofenden con nuestras impudicias". "Ellos crecen. Nosotros decrecemos...; ellos florecen, nosotros nos ajamos".

Y con una visión realista exclama incisivo: "¿Qué esperanza le puede quedar al Imperio, si los bárbaros son más puros y castos que nosotros?"...

Ni el viejo, glorioso, pero carcomido Imperio romano, ni el nuevo de Bizancio, remiendo fastuoso sobre paño roído por la polilla, invernadero de un cristiano oficial y ceremonioso, y caldo propicio a todos los separatismos religiosos.

La esperanza brillaba tras la furia bárbara. Y de allí nació la maravillosa Edad Media, la nueva cristiandad, y Europa se bautizó en Reims y Toledo.

¿Hoy se repite la historia?... Los nuevos bárbaros golpean impacientes de conquista total las puertas del mundo occidental, el triste heredero de la Europa cristiana. Bárbaros de nuevo tipo, técnicos de una civilización de alma volcánica. ¿Quién no los conoce?.. "Teníamos el fuego y la luz, escribe Monseñor Sheen, y ellos nos han quitado el fuego dejándonos la luz fría".

¿No te has estremecido más de una vez al oírles hablar...? Traen un mensaje nuevo. Y yo conozco el nuevo tipo de cristianos que nace de ellos. Recuerda a los primeros. El comunismo no puede reemplazar y saciar la sed de Dios en el hombre. La aviva. "Su substrato ideológico es deleznable, aunque su dinamismo es terrible", escribe un pensador alemán contemporáneo.

Cardijn dice a sus obreros que no

desprecien al hermano comunista, pues "hay muchos Pablos" escondidos bajo la camisa roja. Cuando ellos conozcan a CRISTO serán mejores que nosotros. Y el P. Lombardi decía a los patronos de una importante ciudad italiana: "Hay comunistas que están más cerca de Cristo que muchos cristianos".

Un día toparán con Cristo como quien topa con un amigo no visto hace tiempo, a la vuelta de una esquina. No cabe duda que los convertidos del comunismo tienen algo de la fuerza virgen y el santo ímpetu contagioso de los primeros cristianos. Entienden perfectamente a San Pablo, que les descubre perspectivas maravillosas. Las que descubrieron los discípulos de Afrodita en Corinto. Han vivido, hecha carne y vibración vital, la idea internacional, y les seduce la doctrina del Cuerpo Místico. Saben sobretodo traducir en acción diaria la doctrina del verdadero amor fraterno. No hay mayor amor que el que da la vida por los que ama. Y esa floración maravilla más, pues regresan del paraíso del odio.

Mi amigo R. Q. ha pertenecido varios años al Partido, y ha sido dirigente juvenil. Oyó la voz de Cristo, y vive hoy una vida de cristianismo heroico. Un día le preguntamos: "Oye R., si ésto, la situación política, cambia te liquidan". Y él, sin vacilación, casi instintivamente, responde: "Y qué, qué menos puedo hacer que morir por El, que murió antes por mí"...

El comunismo no busca los deshechos del mundo, sino que escoge lo mejor de hoy. ¿Han leído la autobiografía conmovedora y aleccionadora del redactor informativo del Daily Worker inglés DOUGLAS HYDE?... Se estremece uno al oírlo como agitado por una efusión tormentosa del Espíritu Santo. Dejémosle hablar en su folleto RESPUESTA AL COMUNISMO (The answer to Communism): "El Comunismo es un problema de índole espiritual, y sólo entendiéndolo así comprenderemos su extensión en esta época particular, y no en otra. Su rápido desarrollo hubiera sido imposible en edades de fe... El crecimiento del comunismo en nuestros días prueba, que una fe hondamente arraigada es fundamental a la naturaleza del hombre... El Comunismo dá hoy a los hombres un sentido de dirección, un objeto en la vida, una causa por la que luchar, un ideal por el que sacrificarse, para morir por él, si es necesario. El exige su celo, su devoción, su lealtad. Son éstas cosas que pertenecen

a la Religión, a DIOS. En esta edad pagana los hombres que se hacen comunistas no han pensado en el auténtico cristianismo como alternativa, aun cuando lo es más que una simple alternativa.

Los hombres hoy están hambrientos de una causa, famélicos de una fe en que creer... Se necesita una fe que haga de la vida una aventura, un celo apostólico que capacite al hombre a levantarse sobre el ambiente que le rodea, para que se pueda conquistar, arrebatar a ese hombre del comunismo. "Y esa fe la encuentran muchos de los convencidos del Comunismo en el auténtico cristianismo, en la Iglesia de Cristo. Eso explica la cantidad de los conversos del Comunismo a la Iglesia de San Pedro. Los hombres se vuelven al Comunismo frustrados en sus aspiraciones íntimas..."

Daba un Obispo español unas conferencias a un grupo de obreros... Uno de ellos le oía mudo, escéptico. El último día el Sr. Obispo les habló de la gracia santificante, y el vivir con Cristo. Aquel hombre no pudo contenerse y se levantó: "Esto, Monseñor, me ha convencido. Esto es mucho más grande que el Comunismo y su paraíso".

Si se multiplicaran entre nosotros los santos... Santos, como dice Hyde, no para los nichos, sino santos en el taller, santos que manejen el bus y el camión, santos que sean los jefes de reclamos de sus sindicatos... Hombres ordinarios haciendo vida ordinaria, que sean Reproducción de Cristo entre sus hermanos...

Ola devastadora, pero al mismo tiempo que prepara los caminos del Señor. Eso creo yo del Comunismo. La historia nos habla de los caminos de Dios incomprensibles. Los misionólogos hacen estadísticas sobre la cristianización de China al ritmo normal de antes de la ocupación roja. ¿Miles de ellos...? Pero el Espíritu Santo se ríe de las estadísticas. Lo cierto es que el comunismo en pocos años ha barrido barreras que hubieran durado siglos obstaculizando el Reinado de Cristo.

Latigazo de proporciones telúricas, restallando amenazador sobre nuestras cabezas en este siglo del confort, y del placer buscado sobre todo. Eso es el Comunismo hoy. Como lo fue ayer el Turco. En este siglo veinte de la Seguridad, que huye del riesgo y que quiere convertir la tierra en algo definitivo el Comunismo es como el hachazo vigoroso golpeando destructor el tronco re-

cio. Es el gran riesgo que nos recuerda que todo no acaba aquí, que nos mantiene tensos, que nos empuja hacia CRISTO y los hermanos.

En los primeros siglos de la Iglesia los cristianos se dormían a veces en las pausas de paz religiosa. La Iglesia entonces se llenaba de parásitos, y las plantas robustas languidecían. Hasta que estallaba la persecución, y la Iglesia reverdecía. La IGLESIA se convertía en aquella ansia, traducida en el "MARANATHA", "VEN SEÑOR, JESUS", desahogo volcánico de la Iglesia hacia su Redentor, que puebla los dédalos de las catacumbas, las callejas de los barrios populares y las arenas ensangrentadas del circo. Alarido ardoroso, en un principio, de las almas por el retorno de Cristo, expresión más tarde de la presencia de Jesús en el pueblo de Dios, y de la atracción de los fieles hacia el centro de la IGLESIA.

El Señor está cerca"...

Somos realistas como el viejo Orosio, y más ahora que se embravece el empuje de los nuevos bárbaros. Y creemos que tras la invasión llegará el mundo nuevo, el mundo de JESUS. Y ellos y nosotros, ellos mejores que nosotros que estamos hechos al misterio, formaremos el gran pueblo, "el tertium genus", marcado con la señal misteriosa pero indeleble, "la sfragis", de CRISTO.

El genial AGUSTIN expresa nuestra esperanza en momentos tan críticos como los nuestros. El también contempla, a lo lejos, y conteniendo la respiración, la marcha incontenible de esta Ciudad de Dios y exclama delirante de gozo: "Marchad en compañía de todas las naciones. Avanzad con todos los pueblos, hijos de la Paz, hijos de la única Internacional. Avanzad por el camino de la Caridad y caridad mientras camináis. Así lo hacen los caminantes para aliviar la marcha. Cantad el CANTICO NUEVO. Nadie cante cantos antiguos. Cantad los cánticos de amor de vuestra Patria. Ninguno cante los cantos antiguos. CAMINO NUEVO, CAMINANTES NUEVOS, CANTICO NUEVO"...

Entre comunismo y catolicismo hay

un gran camino que recorrer. El comunismo no sólo destruye el cristianismo sino toda religión. El islamismo se siente amenazado, lo mismo que el catolicismo. El marxismo nació ateo, y el comunismo es marxismo militante. Cambiará la táctica, pero queda como puntal del comunismo el ateísmo. Aún no se ha "purgado" el folleto "RELIGION" del maestro Lenin. Su "abajo la Religión. Viva el ateísmo"; "La difusión del ateísmo es nuestra tarea principal" de Lenin en 1909 hacen la música de fondo del comunismo.

La convivencia comunismo-cristianismo es imposible. Es una monstruosidad. La repulsiva realidad, por otra parte fascinante, no nos ciega, ni eclipsa nuestra esperanza.

Y nuestra esperanza se funda además de Cristo en ese huracán de santidad que barre el mundo de hoy. Dice Walter Schubert: "Valen más para la causa de la fe unos pocos que den testimonio de CRISTO sacrificando la vida, que millares de creyentes intachables que concienzudamente acuden a la Iglesia, pero la abandonan en la hora del peligro"...

DIOS no ha muerto aún en Rusia, y datos serios y numerosos nos relatan que CRISTO vive allí palpitante de vida. Y los testigos de Cristo se multiplican. No hay barreras de sangre ni odio que detenga el avance de Dios.

—Romperá la gran Epifanía.— CRISTO y la IGLESIA no son "occidentales". Tengamos la intrepidez de saber sacrificar este nuestro mundo que ha dejado de ser cristiano. Y abrámonos a la magnanimidad, virtud de grandes. OROSIO, en su "Historia contra los paganos", nos enseña una difícil, pero honda lección, que debemos incorporar: "Aunque los bárbaros no hubieran sido lanzados contra las fronteras romanas por otra cosa que para conocer la Verdad, que de otra forma no hubieran tenido ocasión de conocer sería de alabar y exaltar la misericordia de Dios, aunque fuera condición, nuestra destrucción"...

La lección es clara. Pongámonos con humildad a aprenderla.

JUAN M. GANUZA, S. J.